

con ella el tratado de 14 de marzo de 1513, por virtud del cual ambos Estados se ponían de acuerdo acerca del reparto del Norte de la península: el Milanesado sería para Francia, y para la Señoría los territorios venecianos del emperador. Además Luis XII se aseguró el concurso del rey de Escocia, que se mantenía en estado de hostilidad contra Inglaterra. Las dos ligas parecían, pues, fuertemente constituidas una enfrente de la otra y era de esperar que estallaría una guerra general; pero en aquellos tiempos los asuntos no se resolvían tan sencillamente.

Fernando atendía especialmente á asegurarse de Navarra y se preocupaba también, desde la muerte de Gastón, de reservar á su esposa Germana por lo menos algunos de los dominios de la casa de Narbona en Francia. «El rey de Aragón, se decía entonces, entrará de buena gana en inteligencias con Francia, con tal de conservar la Navarra, y abandonará el Milanesado, Estado de conservación difícil, á causa de la vecindad de los suizos.» Esta fué exactamente la base de la tregua pactada, en 1.º de abril de 1513, entre Francia y España, en la que se convenía en suspender por un año las hostilidades por el lado de los Pirineos, con la idea, por parte de Luis XII, de quedar libre por el lado de los Alpes, pues su mayor preocupación seguía siendo el Milanesado.

En cuanto á Maximiliano, tenía que contar con un elemento que cada día se disgregaba más, á saber, con el Estado flamenco-borgoñón: Carlos de Austria, que era el soberano titular del mismo, iba creciendo, pero no tenía aún fuerzas ni edad bastantes para sostenerse por sí solo, y su condición de vasallo del rey de Francia, por lo que al Artois y á la Flandes se refería, no dejaba de ofrecer dificultades. En mayo de 1513, Luis XII hará escribir á Margarita para censurarla porque prestaba ayuda á los ingleses, y añadirá: «Si mi primo el príncipe de Castilla estuviese en edad, yo le intimaría á que viniera á ayudarme contra los dichos ingleses, tanto porque ha salido de esta corona cuanto porque es par de Francia y vasallo mío, como sabéis; pero á causa de su juventud no he querido ni quiero hacerlo.» Margarita apoyaba la política de su padre, pero con una singular independencia y siempre preocupada de su personalidad.

Luis XII creyóse, sin duda, con fuerzas bastantes para romper bruscamente aquel estado de cosas, puesto que en el mes de mayo los franceses volvían á pasar los Alpes y de nuevo parecían llamados á conquistarlo todo. El ducado de Milán *periclitabatur*, es decir, estaba en pleno desorden y el duque veíase despreciado. El ejército del rey se apoderó de Alejandría sin tener que vencer obstáculo alguno, y el duque no quiso esperar su llegada y se refugió entre sus buenos amigos los suizos. Los infelices milaneses no podían descubrir «al lado de quién debían ponerse, si al lado de los franceses ó al del duque;» mas no tardaron en saber á qué atenerse: 18.000 suizos habíanse lanzado sobre el Milanesado y reunido en Novara con 6.000 de sus compañeros que servían al duque, y era tal su ardor que, habiendo llegado por la tarde del 5 de junio, querían atacar á los franceses aquella misma noche. Al día siguiente, á primera hora de la mañana, arrojáronse sobre sus enemigos, y tras un corto combate de artillería, vinieron á las

manos, no durando la acción más que una hora. Los suizos pretendieron haber dado muerte á 8.000 franceses y haberles tomado veinticuatro grandes piezas de artillería y todo el material de campaña. La Tremoille y Trivulcio emprendieron la huida, y si el duque de Milán hubiese tenido siquiera un cuerpo de caballería, ni uno solo de los fugitivos habría escapado, según se dijo.

VIII.—Entrada de Inglaterra en escena

Entonces llevóse la guerra al Norte y en la parte vulnerable de nuestras fronteras, es decir, en los límites del Artois y de la Picardía. En 1.º de julio había desembarcado en Calais el rey de Inglaterra, el cual había de obrar de común acuerdo con Maximiliano.

Cuando hubo llegado el emperador, los dos príncipes pusieron sitio á Theruanna. Los franceses «se dejaban ver á menudo» con la esperanza de aprovisionar la ciudad, hasta que en 16 de agosto encontráronse frente á frente ambos ejércitos; pero después de un corto combate de artillería, las tropas de Luis XII emprendieron la retirada, y al ser atacadas por la gendarmería enemiga huyeron al galope, dejando en poder de los anglo-alemanes diez banderas, el duque de Longueville, el conde de Dunois, el vicealmirante de Francia, y varios gentileshombres de la casa del rey. Enrique VIII envió á Margarita de Austria un verdadero certificado de buena conducta relativo al emperador: «El emperador no sólo había proporcionado su prudente consejo, sino que además había prestado personalmente la ayuda de sus armas, dispuesto á vivir y á morir con su aliado.» El resto de la carta es por el mismo estilo y en él aparece Maximiliano muy por debajo de Enrique VIII, que escribe el documento, y de Margarita, á quien éste va dirigido. La guarnición de Theruanna entregó la plaza en 23 de agosto, saliendo de ella con todos los honores de la guerra, las gentes de armas con la lanza apoyada en el muslo y los infantes armados, y unas y otros con sus banderas; pero hubieron de pasar por entre las filas enemigas y por delante de los dos soberanos.

De modo que el rey de Francia permanecía aislado enfrente de toda Europa, pues su único aliado, Jacobo de Escocia, fué derrotado y muerto en Floddenfield en 9 de septiembre, y al propio tiempo hallábase amenazado de graves peligros por el lado de Borgoña, á consecuencia de la invasión de los cantones. Incitados por Margarita de Borgoña, 18.000 suizos y 12.000 lansquenets arrojáronse sobre la Borgoña y llegaron hasta Dijón, en 7 de septiembre. La Tremoille, casi sin soldados, sin dinero y sin instrucciones, tenía tanto más motivo para temer, cuanto que los borgoñones no le inspiraban gran confianza; así es que se apresuró á entablar negociaciones y en seis días improvisó el llamado tratado de Dijón que resolvía de plano las cuestiones de las guerras de Italia, mediante el abandono, por parte del rey, del Milanesado, del ducado de Asti y de toda la artillería que aún había en las plazas fuertes, y la restitución al papa de todas las ciudades de su dominio y al emperador y á sus aliados de todas sus posesiones. Los cantones no quedaban olvidados, sino que, por el contrario, recibían 100.000 escudos y

hacían declarar que en lo sucesivo no se podría reclutar soldados en Suiza sin su consentimiento. Un artículo final disponía que el incumplimiento de una sola cláusula del tratado traería consigo la caducidad de todas las demás. Sin embargo, Luis XII no pudo resolverse á suscribir tan duras condiciones; el abandono de Italia, sobre todo, le parecía sacrificio demasiado grande; así es que á pretexto de que La Tremoille había firmado la paz sin tener poderes bastantes para ello, negóse á ratificarla, con gran indignación de los suizos, quienes hasta después de la jornada de Marignán no cesaron de oponer á todas las tentativas de paz ó de alianza el instrumento del tratado de Dijón.

de Marzo de 1514 un nuevo tratado con Fernando, todavía hubo de discutir con Inglaterra, especialmente con Margarita, la cual escribía: «Los demás tienen lo que quieren, pero nosotros no.» Y lo que no tenía era nada menos que la Borgoña, «sin olvidar de hacer mención expresa de los condados de Maconnais, Auxerrois y Bar-sur-Seine, usurpados por el rey de Francia.» Margarita llevaba su acción á todas partes y suplicaba á su padre que no cediera: «Los demás príncipes están más lejos de sus enemigos (ó sean los franceses) que nosotros, y hay entre ellos montañas y mar; y aparte de esto, son más ricos para resistir á sus enemigos que esta pobre casa de Borgoña.» Había obtenido de En-



Blanca María Visconti, cuadro de Bernardino Luini

El año 1514 pasóse en negociaciones á cuyo lado parecían sencillísimas todas las de los años anteriores. Cuando se medita sobre el continuo cambio de alianzas, sobre los incesantes actos de sorpresa y sobre todas las combinaciones sucesiva ó simultáneamente ensayadas y abandonadas del mismo modo, no parece sino que nadie tomara en serio la política ni la guerra, dándose hasta el caso de librarse batallas que de tales sólo tenían la apariencia, como por ejemplo la de Guinegate. Quizás sea esto debido á que los personajes de aquella generación, Luis XII, Maximiliano y Fernando, se iban haciendo viejos, cuando la generación joven permanecía aún en segundo término.

La muerte de Ana de Bretaña, acaecida en 9 de enero de 1514 trajo al menos una solución á una de las cuestiones que desde hacía tanto tiempo venían agitando. Ana de Bretaña había conservado hasta lo último su mala voluntad contra el matrimonio de Angulema, que se verificó en 18 de mayo y que pasó casi inadvertido por ser un acontecimiento de antemano descontado. Durante los cuatro primeros meses del año, todos los esfuerzos de la política francesa tendieron, por lo menos así parece, á una aproximación con el papa y con el rey de Aragón. León X había obtenido, en enero de 1514, la adhesión de Luis XII al concilio de Letrán, y reconciliado á Maximiliano con Venecia, y su propósito era desempeñar el papel de mediador en beneficio de Italia.

El rey de Francia, después de haber firmado en 13

rique VIII el compromiso, «bajo palabra de rey,» de no firmar sin ella paz ni tregua con los franceses, y le escribía continuamente, esperando atraerle á la causa austriaca con la negociación del casamiento de Carlos de Austria con la hermana del monarca inglés, la princesa María.

Sin embargo, en 12 de junio enterábase de que estaba en Inglaterra un personaje francés «que ha ido allí so capa de pagar el rescate del duque de Longueville; pero sospecho que le lleva alguna otra misión porque oigo decir que es muy bien recibido y que se celebran con él frecuentes entrevistas.» En efecto, Luis XII hacía un brusco cambio de frente y se aproximaba á Enrique VIII, quien firmó, en 7 de agosto, en Londres un tratado de paz y alianza con Francia, y habiéndole amenazado Margarita con publicar su compromiso escrito, le hizo declarar «en buena y substancial manera» todos los agravios que justificaban la inobservancia del mismo. Tres días después quedaron determinadas las cláusulas del matrimonio de María de Inglaterra con Luis XII.

Todas las combinaciones del primer semestre de 1514 se encontraban, por consiguiente, exactamente invertidas; tan sólo Maximiliano permanecía en la misma actitud contra Francia, viéndose obligado á transformar la coalición austro-inglesa en una coalición austro-española.

En cuanto á Luis XII hallábase entregado por completo á los goces y á las pompas de su matrimonio; persistía en esperar un heredero y se dejaba aprisionar en

los cantos de su nueva esposa, que era, en verdad, seductora y de la cual afirmaba el embajador de Margarita que era «una de las jóvenes más guapas que pueden verse, nada melancólica y antes por el contrario muy alegre.» El pobre rey sentíase renacer y hablaba de reconquistar Italia «en la primavera;» pero no llegó a ver la primavera, sino que, después de tres meses de consunción lenta, se extinguió tranquilamente en la noche del 31 de diciembre de 1514 al 1.º de enero de 1515.

Aquel monarca no había tenido más que una pasión, pero tenaz hasta la manía, y se había pasado toda su vida tratando de conquistar primero y de conservar después Milán y Nápoles, poniendo al servicio de esa ambición una diplomacia cuyo principal error fué ser no



Moneda de plata de Maximiliano I y de su esposa Blanca María Sforza. (Gabinete numismático de Berlín.)

demasiado leal, como algunos han pretendido, sino inexperta hasta la puerilidad. En realidad, es imposible encontrar en él nada que se parezca a una concepción, habiendo además adolecido de tanta falta de perseverancia como sobra de testarudez. Parece como que hubiera heredado de sus antepasados, los primeros Valois, los ensueños de grandeza y la mediocridad pasiva de inteligencia política. Finalmente, y tal vez este rasgo procedía en él de su origen feudal, es muy digno de notarse el lugar insignificante que ocupa Francia en la política exterior de este monarca francés.

CAPÍTULO IV

MARIGNÁN

I. Comienzos del reinado de Francisco I.—II. Campaña de Marignán.—III. Liquidación de las guerras de Italia

I.—Comienzos del reinado de Francisco I (1)

Desde los primeros días del reinado adviértese en el nuevo rey y en las personas que le rodean la embriaguez de la fortuna tan ardientemente esperada y tan insegura durante mucho tiempo. Los agentes de Carlos de Austria no debieron esforzarse mucho para hacer aceptar los consuelos que presentaron á Francisco I, á saber: «que todos los humanos, grandes y pequeños, están sujetos á la muerte, y además que el difunto rey era

(1) Más adelante indicaremos la bibliografía del reinado de Francisco I. En cuanto á la campaña de Marignán y á las negociaciones que después de ella se siguieron, puede consultarse una parte de las fuentes y de las obras citadas en la pág. 67 y en los capítulos anteriores, y además: *Journal de Jean Barillon, secrétaire du Chancelier Duprat, 1515-1521* (publicado por P. de Vaisiere para la «Société de l'Histoire de France,» tomo I, 1897, muy importante), Mignet, *Rivalité de François I et Charles-Quint*, dos tomos, 1875. Baumgarten, *Geschichte Karls V*, tomo I, 1885.

hombre viejo, débil y valetudinario; y que en todos los asuntos es menester conformarse con la voluntad y disposición de Nuestro Señor.» Gattinara podía escribir, acaso no sin ironía, que la madre del rey parecía ser mucho más fresca y más joven que cuatro años antes.» Con ella y con su hijo triunfaban alegremente todos los compañeros de los días sombríos, toda la juventud, y especialmente los nobles, los grandes señores.

Luisa de Saboya recibía el condado de Angulema erigido en ducado, el ducado de Anjou y los condados del Maine y de Beaufort; el duque de Alenzón, esposo de la hermana del rey, estaba llamado á gozar de las prerrogativas de «segunda persona de Francia;» Carlos de Borbón fué nombrado, en 12 de enero, condestable y en 12 de febrero teniente general y gobernador de muchas ciudades ó provincias del reino. Artús Gouffier, señor de Boisy, obtuvo el cargo de Gran Maestre de Francia y su hermano Bonivet el de almirante, y Duprat fué canciller. Sin embargo, una pequeña parte del personal gubernamental de Luis XII permaneció en sus puestos; Robertet, por ejemplo, halló modo de conservar el favor del soberano. El *Bourgeois de Paris* enumera en su *Diario* los nombramientos, donaciones y privilegios, que forman una lista larga; pocas veces se había visto, en los anteriores cambios de reinado, un reparto semejante de todos los beneficios materiales del poder.

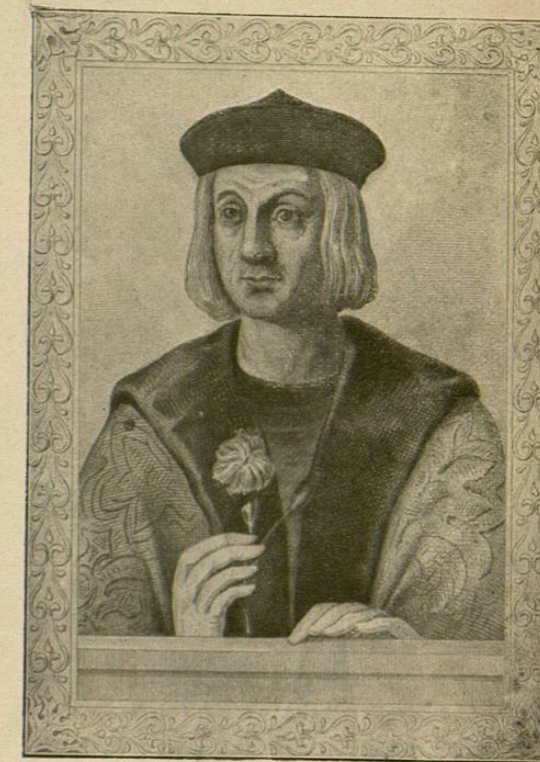
El principal jefe del gobierno, además de Luisa de Saboya, «Madama,» como la llamaban, fué el señor de Boisy, «á quien el rey profesaba amor y familiaridad especial» y «bajo cuya autoridad pasaban todas las cosas en la corte del rey.» Boisy, nacido en 1475, había sido, en efecto, el ayo de Francisco I y fué un personaje de talento equilibrado cuyo buen sentido reconocen á una todos los testimonios que conocemos. En los primeros años de aquel reinado, tan deliciosos, tan bonancibles, aparece desempeñando un papel que tiene algo del de un mentor; fué un tutor tanto como un ministro del rey y su prematura muerte, acaecida en 1519, tal vez modificó los acontecimientos.

Uno de los historiadores de Francisco I ha dicho hablando de este príncipe: «¿De qué se ocupa en un principio? Del Milanésado y del reino de Nápoles. ¿De qué se ocupará durante todo su reinado? Del Milanésado y del reino de Nápoles.» Y efectivamente, desde el primer día sólo pensó el rey en cruzar los Alpes y presentarse en Italia, único país en donde se realizaban grandes empresas y sobre todo empresas muy brillantes. Pero ante todo era preciso arreglar la situación diplomática, porque el emperador, el papa, el rey de Aragón y los suizos seguían dispuestos á defender Milán.

Francisco I se dedicó á mantener la paz con Inglaterra, y cómo no era mezquino, reconocióse deudor de Enrique VIII por la suma de un millón de escudos, en vez de 800.000, sin contar la viudedad de María, esposa de Luis XII; pero las negociaciones para la paz definitiva duraron hasta 1518, y la ciudad de Tournay no fué restituida á Francia hasta que en esa fecha se hubo prometido pagar 600.000 escudos y se hubo hecho desistir á Wolsey de sus pretensiones sobre el obispado. Francisco hubo, pues, de acostumbrarse á la idea de que de Inglaterra todo podía obtenerse con tal de que se pusiera precio á lo que se deseaba.

II.—La campaña de Marignán

Francisco I preparó la guerra á primeros de mayo y entró en tratos con los alemanes para reclutar en su país lansquenetes. El duque de Gueldres ofreció concurrir en persona con un cuerpo de tropas. También se intentaron negociaciones cerca de los suizos, pero no dieron resultado alguno y hubieron de reanudarse en el curso de la campaña. Francisco I dejó á su madre como re-



Carlos de Orleans, conde de Angulema, padre de Francisco I

Con la casa de Austria las exigencias tenían otro carácter y otro alcance. Por singular coincidencia se decretó la emancipación de Carlos de Austria, que apenas contaba quince años, cinco días después del advenimiento de Francisco I, de modo que desde un principio señalábase el paralelismo de ambos rivales. Desde un principio también, la cuestión de Borgoña constituye el fondo de todas las negociaciones, de todos los convenios, de todos los disentimientos: ni Maximiliano ni Margarita habían renunciado jamás en nombre de Carlos á las pretensiones sobre la herencia del *Temerario*; y el mismo Carlos fundará en ellas, á lo menos durante quince años, sus concepciones más razonadas y más tenaces, siendo para él este asunto cuestión de ambición y de sentimiento.

De momento, sin embargo, intentóse una aproximación entre ambos príncipes, y es interesante observar, en sus primeras relaciones, la diferencia de tono entre uno y otro. Un delegado de Margarita escribía en 3 de enero: «He encontrado al rey asaz agrio en sus manifestaciones. Le dije que el señor archiduque (Carlos de Austria) estaba muy resuelto á vivir en paz con él... Me contestó que por él no se malograria tal deseo y que sería para él buen pariente y buen señor, puesto que él (el archiduque) es su vasallo; pero que no quería ser tratado por él como el emperador y el rey de Aragón habían tratado al rey difunto.» Ante una réplica bastante enérgica, el rey se moderó; pero evidentemente se consideraba como superior á Carlos, su vasallo y seis años más joven que él, y este sentimiento persistirá en él durante toda su vida, á pesar de todas las lecciones de la desgracia.

Al comenzar las conferencias que se celebraron en París, los representantes de la casa de Austria pidieron la renovación del tratado de Cambrai, añadiendo á esta demanda una proposición de matrimonio de Carlos con Renata de Francia, hija segunda de Luis XII, si aportaba en dote el Milanésado y el Astesán. Pero además tenían orden de hablar de Borgoña, recordando que la detención de este ducado por los reyes de Francia había sido causa de muchas discordias y que era preciso evitar este inconveniente para el porvenir. El canciller declaró que estas peticiones le parecían «formuladas por vía de juego ya que todas eran absurdas,» y propuso para Renata la dote que había tenido la hija del rey Luis el Tercero, á lo que Gattinara repuso que ésta había recibido Navarra, Champaña y Brie, y el canciller nada contestó. Sin embargo, en 24 de marzo firmóse en París un tratado en el que se estipulaba una alianza ofensiva y defensiva entre ambos príncipes y la promesa de matrimonio entre Carlos y Renata, la cual recibiría en dote el Berry y 200.000 escudos. Además se pactaba que en el caso de no efectuarse el matrimonio, sin culpa por parte del novio, éste obtendría como indemnización el Ponthieu, Peronne, Amiens, Montdidier y Abbeville. De manera que casi se volvía á los tratados de Blois de 1504.

Francisco I etabló también negociaciones con Venecia, renovando los convenios de 1513 y consiguió del dux de Génova la restitución de los derechos de soberanía de Francia sobre esta ciudad. Por otra parte, el papa, los suizos, el rey de Aragón y sus aliados italianos no supieron entenderse ni obrar mancomunadamente.

gente del reino y se dirigió á Grenoble, adonde acudían soldados de todas partes.

Barillon escribe que el ejército real se calculaba que era de 3.000 hombres de ordenanza y 30.000 de á pie, de ellos 10.000 franceses y 20.000 lansquenetes. Los nombres de los «príncipes y señores que pasaron los montes con el rey para ayudarle á recobrar el ducado de Milán» comprenden toda la nobleza de Francia; pero son en gran parte los de una generación nueva que entra en escena por primera vez. Los La Palisse, La Tremoille, Aubigny, Luis de Ars y Trivulcio, que habían llenado la historia militar del reinado de Luis XII, aparecen ahora en segundo término, y en cambio citanse en primera fila el duque de Alenzón, Carlos de Borbón, el conde de Nevers y Boisy. Jacobo Galiot de Genouilhac mandaba la artillería, y Pedro Navarro, que durante el reinado de Luis XII había servido á las órdenes de Fernando y á quien los Albret habían atraído á la causa francesa, tenía el mando de la infantería francesa y de los gastadores y había prometido poner al servicio de Francisco I «la piel y los huesos.» Su gran talento como ingeniero hacía de él un poderoso auxiliar. El canciller Antonio Duprat, el general de hacienda Bohier, el tesorero de Francia Robertet, el gran limosnero y varios obispos y relatores del Consejo de Estado seguían al